

## CAPITULO 1

### *Junio de 1994, provincia de Berguedà*

Tac, tac, tac..., los infantiles pies bailaban con impaciencia sobre la desconchada madera del aula. Todos no, los de Clara seguían inmóviles, mientras su mirada melancólica atravesaba la capa de polvo que tapizaba la ventana, perdiéndose en los verdes campos que rodeaban la parte trasera de la escuela.

La Señorita Puig, consciente de que en cuanto diera la señal, sus palabras serían abandonadas sin tan siquiera ser oídas, dio las últimas recomendaciones de lectura antes de despedirse, deseando a todos los alumnos unas gratas vacaciones de verano. Giró su orondo cuerpo hacia las dos grandes pizarras que presidían la pared principal, justo bajo la imagen de la virgen y el crucifijo, y escribió la fecha de retorno obligatorio a la escuela. Solo como recordatorio. Aunque en esa época, finales del siglo XX, toda la población tenía asumida la obligatoriedad de la escolarización, era consciente de que los padres de esos niños, influenciados por los abuelos, provenían de una generación aun criada en los telares. Un mundo donde la edad habitual para empezar a trabajar en la fábrica oscilaba sobre los nueve años y , especialmente en el caso de las niñas, no había alternativa al estudio. Por suerte, las condiciones de los trabajadores fueron cambiando con los años y la edad para iniciarse en el mundo laboral se fue alargando progresivamente.

Las sonrisas nerviosas anticipaban futuras conversaciones sobre destinos de vacaciones, visitas a familiares lejanos y fiestas mayores de los pueblos vecinos. El verano era un paréntesis para esos niños que, en cuanto no iban a la escuela, solían ayudar a sus padres en el campo. La sola palabra les

incitaba promesas de aventuras, un tiempo de ocio repleto de nuevos descubrimientos, secretos que compartirían con la maestra a la vuelta envueltos en una telaraña de añoranza, conscientes de que habría que esperar un año más antes de volver a experimentar aquellas emociones. En cuanto sus labios emitieron la ansiada despedida, los alumnos salieron disparados hacia la puerta sin mirar atrás, sorteando los robustos pupitres de madera milimétricamente. Esos mismos, que llevaban más de cuatro décadas albergando libros en su interior y soportando constantes travesuras de sus inagotables compañeros de camino. La maestra observó con melancolía a la única niña que no tenía prisa por irse. Recogía sus libros con la tranquilidad que te da saber que nadie ansia tu vuelta, mientras sus ojos recorrían las paredes, ahora desnudas de trabajos y muestras de caligrafía, destilando una gran tristeza. El ritmo sordo del viejo reloj de metal colgado en la pared marcaba los minutos perezosamente, como si pudiera predecir que la soledad iba a apoderarse de sus mañanas y tardes, restando a su existencia todo el sentido. La luz del exterior se filtraba tímidamente entre las desconchadas persianas que cubrían las contraventanas, ambas revestidas con una añeja pintura azul, totalmente agrietada, mostrando a traición la silueta de aquel cuerpo de mujer que albergaba aun el alma de una niña. Vestía un desgastado vestido blanco de algodón que dejaba intuir como el tiempo, implacable, comenzaba a transformar ese pueril cuerpo. Pronto sería un reclamo para los chicos, tal como le pasó a su hermana Isabel al traspasar la pubertad, cuando su delgadez se fue recubriendo de sinuosas y apetecibles curvas. La belleza de las mujeres Martí era de una pureza extraordinaria; su aceitunada piel junto a una espesa mata de pelo oscuro como el carbón, enmarcaban unos expresivos ojos color cielo. Algo que, unido a una fresca desfachatez adquirida por la necesidad, había sido aprovechado por la primogénita para conseguir lo que quería sin esfuerzo. Esperaba que Clara no siguiera su

ejemplo y se centrara mas en explotar su inteligencia, que por otro lado era extraordinaria. No pudo evitar sentir cierta lástima por ella:

— Clara, si necesitas mas libros puedes venir a buscarlos. La llave está donde siempre...Yo estaré fuera unas tres semanas, pero ya sabes que puedes contar conmigo a la vuelta.

—Gracias señorita Puig

—¿Aun sigues visitando a la señora Nichols y ayudándola con los caballos?

Sus azules ojos denotaron una chispa de emoción mientras sonreía:

—Si, ella es muy buena conmigo. Me está enseñando a montar y si lo hago bien, en cuanto tenga edad de trabajar, me contratará

La maestra acercó su rechoncha mano hasta el oscuro pelo rizado de la niña, que caía de un modo salvaje por la erguida espalda rozando los confines de su delgada cintura. Los rollizos mofletes de la mujer parecieron hincharse como un globo al sonreír, asintiendo:

—Estoy segura de que eres muy buena amazona. Cuando vuelva podemos ir a visitarlos juntas.

La niña dio un respingo al sentir la caricia, levantó la mano en señal de despedida y dedicó a la maestra una gran sonrisa:

— ¡Que tenga unas buenas vacaciones señorita Puig!

María, que así se llamaba la maestra, (aunque ningún alumno tenía tal confianza como para nombrarla por ese nombre), sonrió al ver como se alejaba ,con paso decidido, atravesando la gran explanada que separaba la escuela del sendero: un prado natural que quedaba resguardado entre la majestuosa iglesia de la colonia y los edificios que antiguamente

albergaban a los encargados de las fábricas, ahora abandonados a su suerte. Dos hileras de encinas se disponían a cada lado del amplio jardín que, bajo su fresca sombra, hacía de patio improvisado durante los días de verano.

La mujer se mantuvo en pie, siguiendo el rumbo de la niña con la mirada. Su gran cuerpo reposaba inmóvil, bajo el solemne arco de piedra de la entrada. Unas grandes letras, pintadas con pulso trémulo en varias losetas de cerámica, coronaban la arcada formando el nombre de la antigua escuela femenina sobre su cabeza: "Casal de la Dona". No dejó de vigilar a la niña hasta que su imagen se disipó entre los delgados troncos de los árboles que separaban el pueblo del arroyo; parecía que el bosquecillo la había engullido, reclamándola como algo suyo. La maestra sintió el calor del exterior envolviéndola, creyó intuir una gran sombra siniestra que se acercaba sigilosa, rozándola, observándola con una sonrisa de satisfacción. Dos pequeñas gotas de agua, salada y pegajosa, resbalaron por su frente, mientras su mente no dejaba de intentar alejar ese presentimiento, tenue pero constante, de que algo no iba bien. Recordó el inocente gesto risueño de la niña al despedirse y se obligó a alejar cualquier tipo de desconfianza y resquemor. Había recurrido al tema de los caballos porque conocía la devoción que la niña tenía por esos nobles animales. La sonrisa le duraría, por lo menos, hasta que llegara a su casa. Clara estaba consiguiendo hacerse mayor sorteando todos los baches que Dios le había impuesto en el camino con una fuerza estoica, tras la desaparición de su madre. Un padre alcohólico y una hermana que no quería saber nada de ella, no eran la mejor compañía; lo que hacía que cada año le fuera más difícil a María abandonarla a su suerte durante todo el verano. En cuanto retomara el curso sabía que podría protegerla durante la mayor parte del día, pero las vacaciones suponían demasiadas horas de libertad junto a lo que la maestra consideraba una mala influencia. Por suerte, la Señora Nichols, la dueña de

prácticamente todo el pueblo, había centrado sus actos de beneficencia en la niña y dejaba que pasara las tardes en su casa con la excusa de cuidar de sus caballos. Ese gesto bondadoso despertaba toda clase de suspicacias entre los vecinos, que jamás tuvieron el honor de ser invitados a la "Torre del Amo"; así era como llamaban a la gran mansión que mandó construir el padre de la señora Nichols, el fundador de la Colonia Textil a partir de la cual se creó el pueblo. Su recelos se acrecentaban cuando intentaban sonsacarle información, las pocas veces que se dirigían a ella directamente: <<¿Como son los salones?, ¿Es verdad que todas las paredes están revestidas de madera noble?, ¿Cuántos baños tiene?>>. Clara se limitaba a encoger sus huesudos hombros sin soltar prenda; el lujo y la opulencia jamás le habían interesado. Ella solo aspiraba a ser normal y, quizás algún día, dejar de ser invisible.

El padre de la señora Nichols— Andrew Nichols—fundó la *Colonia textil Casademont* en los años 20. Provenía de Inglaterra, donde su familia ya llevaba explotando ese formato desde mitad del siglo XIX. Los terrenos donde se aposentaba la Colonia pertenecían a su mujer, hija de un prestigioso industrial de Barcelona, que no dudó en ofrecer la mano de su pequeña en cuanto vio la oportunidad de amortizar unas tierras que tenía olvidadas desde hacía años. El británico decidió construir una gran fábrica junto al río, aprovechando la influencia de su familia política —miembros de la alta burguesía catalana—, y consiguió sin problemas un permiso con el que proyectar un gran salto de agua, el que produciría la energía necesaria para mover la angosta maquinaria de los telares y las turbinas. Era el periodo de la llamada "Revolución Industrial" y la oferta de trabajo, tanto de esta fábrica como de las colindantes que reseguían el río Llobregat, actuó de reclamo de miles de personas que llegaban de todo el país. Los dueños de las fábricas—Amos, como aquí les llamaban— decidieron

construir viviendas donde alojar a los trabajadores que llegaban habitualmente con la familia y, poco a poco, se fueron añadiendo servicios anexos tales como la escuela o la enfermería. Con los años, se inició el proyecto de la explotación de una mina cercana, desde donde se extraería el carbón necesario para la industria de la zona. El proyecto de un ferrocarril minero que enlazaría la zona sur de la comarca con Barcelona prometía grandes expectativas de negocio. Por desgracia, una gran explosión provocó el cierre de la mina a los pocos años de abrirse y el ambicioso proyecto tuvo que ser desestimado.

La Señorita Puig, una solterona que rozaba los cuarenta años, recordaba cómo se sorprendió al llegar allí. Llevaba años alternando su oficio de maestra con el de escritora, así que pensó que llevar una pequeña escuela rural en un pueblo, alejada del bullicio de la gran ciudad, la ayudaría a encontrar la inspiración que le faltaba a sus historias. Al llegar allí, esperaba descubrir un edificio sencillo y acogedor, con pocos alumnos de distintas edades compartiendo un mismo espacio, pero jamás hubiera imaginado que daría clase en una réplica exacta de una escuela de la posguerra. Los gruesos muros de piedra caliza albergaban dos aulas exactamente iguales, con pesados pupitres de pino macizo y un opulento escritorio de madera noble tallada. Las grandes pizarras, colgada una junto a la otra como hermanas siamesas, eran las mismas donde se había escrito la fecha, en la esquina superior derecha, generación tras generación. Sobre ellas reposaba una pequeña reproducción de la Virgen de Queralt, por lo que María sentía siempre ese bello rostro sonriente vigilante sobre su cabeza. La prudencia hizo que respetara, y casi venerara, esa imagen compañera de su trabajo diario. Así que la dejó donde las religiosas que llevaban la escuela con anterioridad, habían destinado para ella.

La directora del centro residía en la Colonia desde sus inicios, cuando el

convento que se encontraba junto a la iglesia estaba repleto de jóvenes novicias como ella, que acudieron a la llamada de Dios. A María le gustaba compartir el almuerzo con ella siempre que podía ya que la Hermana solía deleitarla con infinidad de historias sobre la Colonia Textil y sus momentos de prosperidad. <<Llegamos a tener mas de quinientos alumnos>>, solía decir con un deje de melancolía. Luego iniciaba una de sus interminables narraciones sobre cómo, al cerrar la fábrica en los años ochenta, la población fue menguando hasta devolver el territorio a su rural origen.

Clara atravesó el bosque resiguiendo el estrecho sendero que llegaba hasta el río. Aún era pronto para ir a casa de la Señora Nichols, así que decidió refugiarse un rato en su escondite preferido. Caminó sin prisa persiguiendo el curso del agua, tarareando una canción que su hermana no paraba de hacer sonar una y otra vez en el viejo radiocasette que le había regalado alguno de sus novios .Se le había quedado grabada a fuego en la cabeza.<<Es lo mas>>, había dicho Isa,<<Mariah Carey, es lo mas>>. Clara no conocía a esa tal María, pero si su hermana, que acababa de cumplir los dieciocho y era la chica más popular del pueblo, lo decía..., es que sería alguien importante. No acostumbraba a seguir sus consejos al pie de la letra, de hecho, no quería parecerse en nada a su hermana mayor, bastante era que físicamente fueran como dos gotas de agua... Bajo la seguridad que le aportaban las capas de maquillaje, las minifaldas de palmo y un carácter provocativo, latía un corazón triste que se pasaba las noches sollozando y caía con facilidad en la autocompasión. Eso sí, había aprendido a compensarlo con todo tipo de excesos: vestía de un modo extremadamente tentador, se maquillaba exageradamente y probaba cualquier sustancia no legal que caía en sus manos sin límite alguno.

La gente del pueblo jamás aceptó a aquellas "niñas perdidas", como aquí las llamaban, hasta el punto de que su salvaje belleza era otro de los

pecados a añadir a una larga lista de despropósitos que, según ellos, bien justificaban el vacío que les profesaban. Como si ellas hubieran escogido el retorcido destino que la vida les había asignado...

El hecho de que la familia Nichols ofreciera un trabajo a la embriagada alma de su padre, no hizo más que aumentar esos celos hacia las Martí. Cuando la fábrica cerró, el edificio se convirtió en un blanco común de saqueos indiscriminados. La señora Nichols, al conocer a aquel pobre hombre que volvía a su pueblo natal tras la muerte de su esposa, hundido en la mas absoluta tristeza, decidió ofrecerle un puesto de vigilante del edificio hasta que decidieran que hacer con las instalaciones. Habían pasado casi cuatro años y ,ni el edificio, ahora abandonado y deteriorado, ni su padre, consiguieron mejorar sus perspectivas de futuro.

La niña caminó hacia un recodo del rio donde el cauce se estrechaba, de tal modo, que permitía cruzarlo dando varios saltos sobre las piedras que sobresalían tímidamente. El agua se arremolinaba con fuerza sobre las grandes rocas que hacían de puente improvisado, salpicando los desnudos pies de Clara, refrescándolos de un modo tan agudo y rápido que la acercaban en segundos al limbo del dolor. Le gustaba permanecer allí, apretando los labios, concentrada en batir su propio record aguantando la baja temperatura del agua. En cuanto sintió como el frio comenzaba a crecer como una fina y quebradiza capa de escarcha por todo su interior, dio un último salto y aterrizó sobre la hierba húmeda del otro lado. Aspiró con fuerza. El olor a tierra mojada, junto a un leve zumbido de alguna abeja laboriosa, le dieron la bienvenida a su rincón preferido, justo en el instante en que un chasquido de ramas rotas sonó tras de sí.

El ruido no la asustó, siempre se había sentido segura en el bosque, quizás porque no era demasiado denso y conocía cada rincón a la perfección. La

disposición de los árboles parecía estar trazada de un modo premeditadamente ordenado. No existían grandes arbustos o zarzas que impidieran el paso, sino que se trazaban íntimos senderos naturales, bajo las alargadas sombras de los altos pinos, por donde se podía pasear con tranquilidad con el cauce del río siempre a la vista. Giró su cabeza hasta divisar el final del camino con la sensación de que alguien la seguía. Probablemente sería alguno de los chicos del pueblo, que habitualmente intentaban ridiculizarla y asustarla. No quería que conocieran su escondite, así que dio un rodeo, asegurándose de que nadie iba tras ella, antes de introducirse en la pequeña cueva que se formaba entre unas rocas en la ladera del río. Solo eran grandes piedras que en algún momento se vieron arrastradas por una desmesurada crecida del cauce. Habían quedado dispuestas de tal forma como si de un Dolmen se tratara: una gran base plana descansaba sobre las otras dos, dejando espacio suficiente para que Clara se protegiera de miradas ajenas. Allí pasaba largas horas observando el agua, hipnotizada por algún pez saltarín que luchaba con determinación contra la corriente,— un valiente que había decidido huir de lo establecido—, o por los pequeños renacuajos que nadaban relajados, ajenos a su presencia, tan inocentes y despreocupados como lo era ella hacía tan solo unos años: antes de que su madre la abandonara y la dejara sola, antes de ser invisible. Paseaba descalza, sintiendo la tierra deslizarse entre sus dedos, mientras se deleitaba con el trino de un ruiseñor despistado que le hacía compañía. El verano estaba iniciando el despliegue de su amarillento manto sobre los campos arados, desprendiendo un fuerte aroma a trigo recién segado que lo envolvía todo. Y el calor incipiente de Junio comenzaba a cubrir el bosque de leves pinceladas ocres y doradas. Pero justo allí, en la ribera del río, los álamos presentaban orgullosos grandes hojas escotadas de un verde intenso, mientras sus troncos se curvaban levemente en un intento de acariciar el agua.

En aquel pequeño oasis, húmedo y sombrío, podía desprenderse de su disfraz. Varios años antes, cuando su madre murió, Clara descubrió que tenía un don: disponía de una capa mágica que la volvía transparente, la causante de que todo el mundo actuara como si ella no existiera. Su padre, su hermana, sus vecinos... no podían verla porque llevaba un manto mágico; solo desaparecía en determinados sitios, donde su corazón conseguía sentirse a salvo, como en su escondite o en la escuela. Con la señora Nichols no le sucedía lo mismo, pues aunque ella hacía todo lo posible porque estuviera cómoda, la presencia habitual de su hija, (una mujer que siempre estaba malhumorada y la miraba con desconfianza), la obligaba a no bajar la guardia. Solo se sentía realmente feliz en las cuadras, junto a los caballos, con los que sabía que tenía una conexión especial, otro de los rincones donde podía ser ella misma.

Mientras sus pies chapoteaban libremente en las frías aguas, recordó como había conseguido tener acceso a la Torre del Amo. Habían pasado ya tres veranos, acababa de cumplir diez años y, como cada tarde, se acercó a la gran verja de hierro que flanqueaba la ostentosa entrada a la casa. Esta se encontraba situada en la parte más alta del pueblo, en una gran explanada soleada, desde donde se vigilaban a la perfección los edificios de la fábrica y las viviendas de los trabajadores. Tras la verja dorada, un amplio camino, escoltado por espigados cipreses, llegaba a una gran escalinata que ascendía hasta la majestuosa puerta de roble tallada que daba acceso al interior. La casa era una réplica exacta de la mansión que la familia Nichols tenía en Inglaterra: un opulento edificio de piedra con dos filas de ventanas recubiertas por elegantes cuadrículas de madera blanca. Tres chimeneas coronaban un tejado de arcilla rojizo, única concesión a la arquitectura y materiales del lugar. Ante la gran escalinata, una fuente de piedra que representaba una dulce ninfa, lanzaba generosamente agua desde una vieja

tinaja hasta el pequeño lago repleto de nenúfares que presidía la entrada. A la derecha de la mansión, otro edificio más bajo y alargado se disponía frente a una pista de equitación. Eran las cuadras de la familia.

La niña tenía la costumbre de asomarse a la valla, con la intención de encontrar el mejor ángulo, y así poder observar como la señora Nichols montaba sus caballos. Se maravillaba descubriendo la elegancia natural de aquella erguida espalda sobre la silla de montar, la firmeza con la que aquellas manos enguantadas dirigían las riendas mientras sus pies marcaban el ritmo con un solo movimiento del estribo. Aquella rígida mujer se transformaba por completo en el mismo instante en que su cuerpo se ponía en contacto con la piel del animal, fundiéndose en un solo ser, transformando su tirantez habitual en un gesto repleto de innata elegancia. El caballo parecía predecir cada orden de su dueña, anticipándose a sus deseos con perfección absoluta, con el objetivo de complacerla como su único fin.

La imagen maravillaba a Clara, que desde que la vio por primera vez, intentó no faltar a la cita ni un solo día y estudió cualquier escrito que caía en sus manos sobre la doma y los caballos.

Una de las tardes, mientras sus angulosos mofletes pretendían introducirse con más ahínco entre los hierros, con la intención de no perderse ni un detalle, un gran ruido la sobresaltó. Dio un paso atrás, mientras el mecanismo automatizado abría las pesadas puertas de hierro dejando libre el camino hasta la gran escalinata de piedra. Clara se quedó inmóvil; aunque su mente intentaba imponerse sobre sus piernas, incitándolas a dar media vuelta, estas no obedecieron. El único movimiento que se permitió

fue abrir sus azules ojos con más determinación, mientras sus oídos eran testigos del grave traqueteo de herraduras que avanzaban con paso firme hacia su inerte cuerpo. Cuando quiso despertar, la dueña de la casa estaba frente a ella sobre un gran caballo negro con una mancha blanca en el hocico en forma de rombo, ofreciéndole una tierna sonrisa

— Buenas tardes, Clara

La niña sintió como el rubor se iba apoderando de su rostro mientras contestaba:

—Buenas tardes, Señora Nichols

—¿Te gustan los caballos?

La mujer habló con una templanza que, por un momento, trajo algún lejano recuerdo a la mente de Clara, produciendo en su delgado cuerpo un leve temblor. Aun así, la niña se esforzó en recordar todo lo que la Señorita Puig le había enseñado sobre normas de educación, e intentó contestar lo mas correctamente que pudo:

—Discúlpeme Señora Nichols. No quería parecer entrometida...Es que nunca había visto un caballo tan bonito. Los que tenemos aquí son distintos, no tienen esa dureza en los músculos, ni ese porte...

—Si, este es un Pura sangre. Tiene mucha energía, por eso debo sacarlo a galopar cada día, aunque mi espalda comienza a resentirse...

El caballo acercó su boca a la niña y esta, lejos de asustarse, acarició la mancha blanca sobre el hocico. La señora Nichols sonrió:

—Veo que le gustas...Y eso que a "Gitano" no le gustan los extraños.

— ¿Gitano?, que nombre mas extraño para un caballo...

Lejos de ofenderse, la mujer sonrió complacida:

—Su padre se llama "Negro", ya no puedo montarlo, está muy enfermo, pero sigue con nosotros en las cuadras. ¿Te gustaría verlo?

La niña conocía la historia de “Negro” y sabía que no se trataba de un caballo cualquiera. La gente del pueblo acostumbraba a chismorrear sobre cualquier detalle de la familia Nichols y de como el Amo castigaba a los que osaban contradecir las órdenes que el establecía. Aquel pobre animal tomó una sola decisión por si solo en su vida, tan errónea, que le hubiera costado la vida si no fuera por la compasión de su dueña. Esta, tras el accidente no volvió a montarlo— petición expresa de su padre —y arrastró una leve cojera que no disminuyó un ápice su singular distinción. Era una mujer menuda, pero de brazos y piernas largas en comparación con su pequeño cuerpo. Sus manos se movían poco al hablar,(a diferencia de las mujeres del pueblo que gesticulaban y gritaban sin parar),y solían deslizarse con tal armonía y ligereza, que parecía que nunca alcanzarían el objeto que intentaban asir. El tono de su pelo era de un rubio tan claro que se confundía con el blanco; lo llevaba recogido en un moño bajo perfecto, tan solo un fino mechón se soltaba acariciando unos amables ojos azules. Su mano enguantada soltó las riendas por unos instantes, alzándose lenta y progresivamente hasta alcanzar el cuello equino, con la intención de darle unas leves palmadas de aprobación.

Clara analizaba cada gesto realizado por la mujer como si lo estuviera viendo a cámara lenta, <<como en la película de mamá>>, pensó. Le encantaba ver esas viejas películas en blanco y negro donde las imágenes se deslizaban, fotograma a fotograma, mostrando cada bello detalle plasmado en el material sensible; conseguían arrastrar su mente en segundos hasta el fondo de la historia, secuestrando todos tus sentidos hasta

hacerlos suyos. Una voz grave y pausada interrumpió su visión:

—Ahora debo irme, pero si vienes mañana la puerta estará abierta.

El caballo giró sobre sí mismo y ambos se alejaron al galope dejando a Clara envuelta en una nube de polvo e impregnada en un aroma de paja seca y barro. Una gran sonrisa iluminó su cara.

## **CAPITULO 2**

### **Barcelona, año 2014**

Un angustioso alarido arrancó a Samuel de su profundo sueño. Se incorporó con tiento, observando el delgado cuerpo que se revolvía junto a él bajo las sábanas. Acarició la femenina frente con delicadeza, hasta que sus velados ojos lo miraron entre tinieblas. Observó el fino camisón, un trozo de elegante satén blanco ahora íntimamente pegado a la piel sudorosa, persiguiendo el vaivén del pecho acelerado. Se lo regaló varios años atrás, durante las Navidades, tras ver como sus ojos se abrían más de lo habitual al descubrirlo en un escaparate, en un reclamo mudo de poseerlo. En aquella época solían perderse por el centro de la ciudad, caminaban abrazados sin rumbo, sin prisa, tan solo con la necesidad de estar juntos, de tenerse. No solían prestar atención a los reclamos insistentes de los comercios, a las luces, a las bolsas repletas de regalos..., tan solo se dejaban llevar por la riada de gente que inundaba las calles durante las fiestas contagiándose ,durante unas pocas horas, de una ilusión que los dos habían enterrado hacía años.

Clara se revolvió una vez mas hasta que su cuerpo se incorporó de forma violenta, ahogando un chillido en la garganta. El supo en qué momento fue

consciente de que había vuelto a suceder por la pincelada de temor que tiñó sus ojos, antes de que perdiera la mirada en el horizonte.

—¿No vas a explicarme que te preocupa? . Quizás no es buena idea que vayas...

Ella despertó de pronto, se incorporó y se abrazó a él buscando protección

—No es nada..., solo necesito esto...— Sus brazos rodearon con mas fuerza el masculino torso desnudo, mientras él la estudiaba con cautela.

Desde que recibió la carta estaba cambiada. Su carácter, habitualmente templado, se había vuelto receloso. Su mirada, más distante de lo habitual...Jamás quiso hablarle de su pasado, no en profundidad. Sabía cosas básicas: se había criado en un pequeño pueblo rural y al morir sus padres se quedó sola; acabó en un orfanato de la ciudad donde destacó por ser una gran estudiante, así que en cuanto pudo, gracias a una beca ,ingresó en la Universidad y se marchó de allí. Samuel trabajaba de profesor en la facultad de Periodismo, Clara era una de sus mejores alumnas y quedó totalmente cautivado a los pocos segundos de conocerla. Su belleza exótica no se correspondía con aquella alma serena, con ese grácil cuerpo que se desplazaba liviano por los pasillos. Los otros estudiantes siempre andaban corriendo, demasiado deprisa, como si la vida se les escapara de entre los dedos cuando aún no habían comenzado ni siquiera a catarla. Entonces aparecía ella, como un aura, atravesando los demás cuerpos, dejándose llevar, resplandeciente. Y él no podía dejar de mirarla, de desearla, de vigilarla... Luchó contra esa atracción, que era consciente de que a medida que pasaba el tiempo se estaba volviendo una obsesión. No está bien..., se decía; es demasiado joven; no está bien..., es demasiado hermosa; no está bien... Hasta que finalmente quedó atrapado en ella y encontró una respuesta para cada una de sus antiguas reticencias. Alguna vez se habían

sincerado y Samuel le había explicado como la veía entonces, comparándola con esos pequeños arroyos que fluyen entre grandes montañas ,siguiendo su cauce con la tranquilidad de saber que, cuando sea el momento, llegarán a su destino final ,siempre el mismo, sin necesidad de cambiar el curso establecido durante siglos. Y ella siempre respondía que bajo las montañas la esperaba él: un gran lago de aguas tranquilas.

Pero eso era cuando hablaban durante horas, cuando reían juntos, cuando ella lo amaba.

—Estas sudando... ¿Quieres un poco de agua?

Clara asintió mientras se dirigía al baño con la intención de refrescarse. Estudió su rostro en el espejo, reconoció la mirada cansada y triste de antaño. Las pesadillas habían vuelto con la carta, todo lo que había querido olvidar..., el rostro de a quienes había creído amar..., los que la habían traicionado...

Exhaló un gran suspiro intentando renovar el aire interior, que sentía ahora demasiado pesado en sus pulmones. Volvió al dormitorio en silencio y tomó el vaso que Samuel había dejado sobre la mesita. Sus ojos la seguían sin tregua durante el recorrido: demasiado expectantes, excesivamente temerosos, pesadamente interrogantes... Por un momento sus labios se entreabrieron vacilantes, pero finalmente se cerraron, como siempre hacían cuando se trataba de su pasado. Tan solo emitieron un leve susurro avergonzado:

—Gracias...